Revista Tlamati Sabiduría

Título del artículo.

El demonio como personaje.

Título del artículo en idioma Inglés.

The demon as character.

Autor.

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez

Referencia bibliográfica:

MLA

Alarcón Sánchez, Silvia Guadalupe. “El demonio como personaje”. *Tlamati* 5.3 (2014): 72-76. Print.

APA

Alarcón Sánchez, S. G. (2014). El demonio como personaje. *Tlamati*, 5(3), 72-76.

ISSN: 2007-2066.
Publicado el 29 de Noviembre del 2014
© 2014 Universidad Autónoma de Guerrero
Dirección General de Posgrado e Investigación
Dirección de Investigación

TLAMATI, es una publicación trimestral de la Dirección de Investigación de la Universidad Autónoma de Guerrero. El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de los autores y no refleja de manera alguna el punto de vista de la Dirección de Investigación de la UAG. Se autoriza la reproducción total o parcial de los artículos previa cita de nuestra publicación.

Revista Tlamati Sabiduría

El demonio como personaje

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez[1*]

[1] *Universidad Autónoma de Guerrero. Unidad Académica Filosofía y Letras. C.U. Zona Sur ,Av. Lázaro Cárdenas s/n. Col. Haciendita . CP. 39070, Chilpancingo, Gro. Tel. +52 (747 472 8846*

Autor de correspondencia
silviaalarcon23@hotmail.com

Resumen

La literatura hagiográfica tuvo una importancia vital desde la Edad media en Europa y durante dos siglos y medio en la América española. El objetivo de este trabajo es definir la implicación que tuvo el Demonio como representante del mal en una sociedad fervorosamente religiosa. La metodología hermenéutica, conducida por teorizaciones literarias, dirige la descripción de un tipo de literatura que se nutrió de la experiencia sobrenatural. Su función fue didáctica. Sus protagonistas representaron el bien y el mal definiendo una delgada línea que existió entre lo real y lo sobrenatural. Dios y el Demonio fueron los personajes que estuvieron en constante pugna siendo parte cotidiana de la vida colonial del siglo XVII.

Palabras clave: hagiografías, didáctica, demonio, sobrenatural.

Abstract

Hagiographic literature had a vital importance since middle ages in Europe, and for two centuries and a half in Spanish America. Objective of this article is to define the involvement that was as representative of the evil demon in a fervently religious society. Hermeneutic methodology driven by literary theorizations, direct description of a type of literature that drew on the supernatural experience. Its function was didactic. Their players represented the good and evil by defining a thin line that existed between reality and supernatural. God and the demon are characters that were in constant struggle, and they were everyday actors of the colonial life at 17th. century
.

Keywords: hagiographies, didactics, demon, supernatural.

Como citar el artículo:
Alarcón Sánchez, S. G. (2014). El demonio como personaje. *Tlamati*, 5(3), 72-76.

Durante la época medieval en Europa se registraron sucesos extraños que fueron recogidos en relatos de vida llamados hagiografías. Los personajes eran seres divinos o maléficos que influían en las vidas terrenales. Posteriormente los españoles los trasladarían a tierras americanas y se lograría un sincretismo que definiría parte de la cultura durante dos siglos y medio, en este espacio y tiempo, el Demonio será parte sustancial de una escritura edificante y a la vez conducto de promoción y apoyo difundido a través de mensajes subliminales.

Desde mediados del siglo XV los espacios europeos se poblaron de criaturas fantásticas, brujas, magos, demonios, estas creencias vinculadas a los pecados continuaron en el siglo XVII agregándose rasgos prehispánicos y de los negros; se relaciona con la idea que se tuvo de pecado en América suponiéndolo fuera del hombre, pero que en un momento dado podía introducirse en el cuerpo por medio de poderes malignos.

El número de casos de intromisión diabólica en la vida cotidiana europea fue muy grande. En toda biografía de santo, beato, convento, aldea, libro de piedad, o sermón, existía esta intrusión. Se vivía en una época en que fue frecuente la figura del demonio y se transmitió al entorno virreinal asimilándose con la vida cotidiana, es decir las actividades de la vida diaria conventual tuvieron que ver con presentaciones diabólicas o bien con éxtasis místicos. En varias obras literarias el objetivo fue poner en imágenes la figura demoníaca, otorgándole una visión humana, haciendo más concreto al diablo, más presente y temible.

Había escritos que sirvieron para mostrar los pecados en los que incurría el hombre, como por ejemplo aquél donde un verdugo al estrangular a un secuaz del demonio:

[…] vio salir cerca del hombro derecho y de la oreja de uno de ellos a un demonio en forma de moscardón del tamaño de una nuez, que al pasar sobre la horca zumbando, arrastraba una pequeña cola en forma de humo y al verla, el verdugo exclamó '¡Jesús!'. La horca comenzó a temblar y eso lo vieron más de 2000 personas, mientras se oía en el aire un murmullo en forma de trueno. (Muchembled, 2002, pp. 165)

Situaciones como ésta que presentan hechos sobrenaturales fueron aceptadas como parte del mundo donde la rivalidad entre el bien y el mal modeló la vida cotidiana, mientras, en los conventos femeninos la presencia del demonio fue copartícipe de las actividades edificantes.

Otro tipo de mística en el que participaba la mujer, tenía que ver con los tormentos autoinfligidos, derivándose algunos en una depravación sexual. La misma situación pasaron las monjas del virreinato español, el demonio fue adyuvante para lograr las visiones y delirios que las condujeron al tormento pero también a éxtasis amorosos. La representación de Satanás cambió con la incorporación de otras culturas europeas, musulmanas, bizantinas, chinas y el demonio se volvió polimorfo. Su cuerpo se asoció con el rojo y con el fuego, tomó los cuerpos del lobo, del macho cabrío, del mono; le salieron alas de murciélago, patas de cabra o de ave, hocico de cerdo y rabo; la serpiente fue ahora un dragón alado. A los santos se les aparecían demonios sexuados como súcubos o íncubos. En la época virreinal cuando el Diablo es representado por medio de la figura de un negro se está refiriendo a la alteridad, al Otro que simboliza el mal; no se concibe representado en alguien parecido a mi yo, y como la palabra de autoridad estaba en los españoles y criollos, la designación tenía que recaer en alguien distinto a ellos.

Es erróneo pensar en una imagen del diablo paralizada en la eternidad. Lo que para nosotros es oscuro fue comprensible en otras épocas. El hombre al ir creando sus propios miedos va dando forma a lo que más teme, al mismo tiempo que va cambiando su percepción, uno de ellos fue la figura del diablo. En este sentido se debe tener presente que la distinción entre lo real y lo imaginario es una convención donde la imaginación tiene un papel importante; aun y cuando se tenga la idea de que los diablos no existen, debe encontrarse una explicación de por qué algunos creían en su poder. En la América virreinal la percepción del mal tuvo diferencias de acuerdo con sus antecedentes culturales, el demonio tuvo una presencia dominante como representante del mal y como adyuvante en algunos menesteres. Estuvo presente en los relatos hagiográficos con detalles que narraron torturas y tentaciones, lo curioso es que no sólo sufrieron estos embates las falsas beatas, las alumbradas, sino aquellas que pudieron haber sido canonizadas, es decir, las monjas; el acoso del demonio sirvió para mitigar los pecados ocasionados por la carne o para brindar apoyo a causas amorosas o a curas inesperadas, de ahí que fuera tan difícil para las autoridades eclesiásticas deslindar lo verdaderamente santo de aquello que no lo era y mucho más complicado para quienes padecían esos trances convencidos fervientemente de la incursión de lo sobrenatural en la vida cotidiana; el demonio fue una figura de poder. Las posesiones tuvieron vital importancia en el siglo XVII español y sus seguidores fueron muchos. Sin la obsesión constante de los pecados de la carne, el demonismo no se hubiera desarrollado como sucedió en la América virreinal.

Para la comprensión del concepto del demonio y de lo diabólico, es preciso tener en cuenta dos procesos: "El primero es una tendencia hacia la introspección e interiorización en la espiritualidad cristiana, que se puede ligar con un marcado cambio de énfasis en la teología moral medieval: de un sistema basado principalmente en los siete pecados capitales a otro fundamentado en los diez mandamientos." (Cervantes 1997: 143) Según John Bossy en su libro Christianity in the West, citado a su vez por Fernando Cervantes, la consideración de los siete pecados capitales, promovió una "ética social y comunitaria" y los diez mandamientos una ética más introspectiva e individualista.

Después de que el demonio fue introducido en América, se dio un enfrentamiento entre concepciones diferentes en torno al mal: en el español, se generaron angustias y miedos que se proyectaron en el negro. Por parte del español surgió "la necesidad de recurrir a los sistemas de coerción para mantener la homogeneidad y la pureza de su grupo ante el desarraigo. El debilitamiento de la voluntad y la inestabilidad del yo desembocaron directamente en el fortalecimiento de la culpa". (Cervantes 1997:161-162)

Según Jaime Borja, el hecho de estar en tierras ajenas hizo que los españoles estigmatizaran al negro, relacionándolo con el demonio y por su parte el negro asimiló y manipuló esa asociación estableciendo tradiciones propias dentro de un mundo hostil. Para el negro la concepción de la muerte era "la existencia transcurrida simultáneamente en dos planos, el mundo o universo físico habitado por seres naturales y en otro mundo abstracto, infinito e ilimitado." (1997: 156) Y para el español la muerte se relacionaba con el demonio y éste con el negro. También se le identifi-

có con la muerte y el estiércol.

Había una profunda preocupación por la muerte, debido a ello lo que se hacía en esta vida influía mucho para la salvación eterna; se creía en un Dios severo y omnipotente, pero también en un Demonio poderoso. En este sentido el demonio, el infierno y la muerte alcanzaron una importancia desmesurada. Para lograr una imagen infernal que intimidara, los religiosos recurrieron a la presentación de los castigos con una intención didáctica y moralizante en sus sermones, en la redacción de vidas de santos y en relatos de visiones del más allá.

Los antecedentes que hicieron posible la creencia de lo extraordinario se sitúan en la España del siglo XVII y se derivan de la relación que tenían con lo religioso, a pesar de no ser aceptados por las autoridades eclesiásticas surgieron por doquier, la presencia y la intervención de Dios y del Demonio en asuntos terrenales era tema aceptado y su influencia fue determinante en los conventos.

Cada tiempo histórico define su límite entre lo que considera admisible y lo que no. En la época que nos corresponde, la Iglesia y sus representantes poseían la verdad, atribuyendo a la intervención divina los acontecimientos sobrenaturales ocurridos en las religiosas o las demoníacas que Dios permitía. En estos trances se presentaban las visiones que contenían imágenes demoníacas, impregnadas de elementos visuales que reforzaron dogmas que la Iglesia había creado como el purgatorio; en otras visiones se mostraban figuras celestiales de la Virgen o Cristo, de esta manera la mujer lograba un reconocimiento y su realización; sin duda los éxtasis, las visiones, las revelaciones provenientes de Dios o del Demonio, constituían transgresiones que hacían dudar a las autoridades eclesiásticas. Estas experiencias fueron recogidas en escritos biográficos o autobiográficos, ahí se representaban hechos sobrenaturales que acompañaban el nacimiento de la biografiada.

La metáfora y la alegoría se utilizaron para representar el mal, y fue a través del cuerpo, cuya existencia como receptáculo del deseo y de fuerzas oscuras propiciaba el pecado, lo que condujo a la negación y a su anulación para terminarlo. En este sentido el diablo aparecía como coadyuvante del plan divino para tentar a las religiosas, para probarlas, era el enemigo que estaba siempre vigilante para hacer el mal.

El diablo no sólo era portador del mal, también con él se podía hacer tratos. La sociedad virreinal no otorgó crédito a una magia popular que no tenía un discurso legitimador e institucional y que vino a ocupar el lugar del Otro. Si bien la mujer estuvo menos asociada a la cultura en relación con los varones, también es verdad que su figura se vinculaba con la naturaleza, con el poder de profetizar y de curar o perjudicar, pero debe observarse que no sólo las monjas transgredieron los cánones de la Iglesia, también lo hicieron mujeres del pueblo que ostentaban poder curativo como las hechiceras. Estas prácticas ocultas que resultaban de la intervención de alguna amiga o conocida, ya ocurrían en España, siendo las personas crédulas en estos asuntos. Lo curioso resulta cuando el Santo Oficio no daba mucha importancia a ello por considerarlo "cosas vanas y supersticiosas," aunque las relaciones que sostenían las religiosas con el demonio eran creíbles o cuando menos aceptables.

En la mayoría de ocasiones el diablo fue representado de color negro, con figura humana como un mulato, y esta forma adoptó para varias religiosas, entre ellas para María de San José, a quien en una ocasión el Demonio se le presentó como juez y acusador y se exhibió junto a Dios, quien dio oportunidad de que se llevaran a cabo los tormentos. (Myers 1983: 189-190) El diablo también suele aparecer como una serpiente a quien podían aplastar -o matar con dientes y manos como lo hizo Úrsula Suárez, monja chilena. El demonio atormentaba a las religiosas pero lo hacía en la medida en que Dios lo permitía,

Isabel de Jesús, quien tuvo tentaciones del Demonio: "Veía muchas representaciones de hombres y mujeres deshonestas y con tan grande deshonestidad que conocía ya claramente que era astucia de Satanás para inclinarme a aquel mal vicio." (Francisco, 1670, Cap. XXXVI)). A ella se le catalogó como una mujer que escribió bajo los dictados del diablo.

En algunas ocasiones tenemos que aceptar que no son sólo los personajes divinos o diabólicos quienes causaban una impresión de perplejidad, sino también el ambiente, los lugares donde se llevaron a cabo esas representaciones, como las celdas vacías y desiertas de las religiosas en medio de una oscuridad que no sólo era producida por la noche sino por la iluminación tenue o por la penumbra; el enfrentamiento solitario hacia el mal personificado en el demonio, el sonido de ruidos extraños de los que no era posible saber su procedencia, voces de ultratumba que pertenecían a ánimas que vagaban por sus pecados, ciertamente todo esto condujo a crear una atmósfera donde predominó el temor a lo desconocido.

Como las apariciones divinas tenían riesgo de ser consideradas herejías se cuidaban indicando que lo que ellas podrían haber oído o visto tal vez fuera verdad o mentira y lo consultaban siempre con su confesor o padre espiritual. No todas las visionarias recibían ese don de Dios, había algunas que lo tomaron del Diablo, por lo que era preciso que se hiciera una investigación por parte de la autoridad religiosa para discernir la verdad.

Algunas como Juana de la Cruz, religiosa de la orden tercera de penitencia de San Francisco en Madrid, podía ver a los demonios en otras personas, incluso en niñas muy pequeñas, se menciona el caso de una que tenía siete meses y la razón por la que estaba poseída era por los pecados de los hombres. Religiosas como Úrsula Suárez y Margarita María de Alacoque, esta última monja de la orden de la Visitación en Francia, se referían al demonio como 'monstruo'. Las narradoras tuvieron que recurrir en muchas ocasiones a términos conocidos, a referentes de la vida real para describir aquello que no podían hacer como señalar la apariencia del diablo, de ahí que apelaban a animales o al color negro como ya se dijo, para representar su malignidad. Otra representación animal que tuvo fue a través de monos y gatos negros. Algunas mujeres observaron una variedad como Catharina de San Juan, a quien los demonios que la acosaban se le presentaban en distintas formas: como frailes o ermitaños que la mal aconsejaban, como varones jóvenes que la provocaban, como soldados que la despedazaban, también se aparecían como poblanos; veía en ellos a demonios rodeados de serpientes y de bestias, algunos incluso le jugaban bromas; curiosamente y a pesar de que el color de la piel de esta mujer no era blanca, visualizaba al demonio como lo hicieron las demás, las españolas y criollas, es decir de color negro.(Maza 1971: 78, 83) Para otras, como la madre Anna de Guerra, religiosa guatemalteca, el demonio apareció rodeado de fuego como se

había representado en varios textos: "Sucedióle esto mismo en otras ocasiones que poniéndose a su vista en la figura de un animal muy feroz y monstruoso que despidiendo fuego de sí se le acercaba con ademanes de quererle hacer algún grave daño." (Siria, 1716, pp.239). Ella misma tuvo la facultad de ver a su madre en el purgatorio donde dos negros la atormentaban; en otra ocasión pasó junto a ella y su familia una figura de fuego que lo relacionaron con el demonio que intentaba matarla. A la madre Hipólita de Jesús y Rocaberti religiosa de la orden de Santo Domingo en el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles en la ciudad de Barcelona, el demonio la acometió en forma de leones y de perros rabiosos a quienes con oraciones ahuyentó. La Madre Isabel de Jesús lo vio en forma de cuervo: "Apenas llegué, cuando me salió al encuentro un espantoso demonio, vino en figura de cuervo muy terrible, comenzó a batir sus alas sobre mí, bajándose tanto que casi me daba con ellas, yo (como dejo dicho atrás) teníales grandísimo miedo…" (Francisco, 1670, Cap. IX)También se le aparecen como personas pecadoras, algunos sin cabeza y en forma de perro, pero todos negros; el infierno también se le presentó con las consabidas llamas, las almas pecadoras boca abajo y un demonio se apareció en forma de dragón. Como ya se observó, la mayoría representaba al diablo como un animal símbolo del mal, pero también hubo otros que encarnaban el bien, como más adelante se verá. A la madre Marina de la Cruz del Convento Real de Jesús María, se le apareció en forma de indio, con ropa de los sirvientes, como 'feísimo etiope' haciendo gestos que le provocaron risa; en alguna ocasión se convirtió en conejo, y también le era posible entrar en las iglesias; otras veces acometía el demonio contra ella golpeándola: "…eran tales los golpes que descargaba sobre ella, que solía quedar privada de sentido por muchas horas…" Sigüenza 1995: 172) También se le presentaba como un apuesto galán que rondaba por las torrecillas de su celda. A María de Jesús se le presentó como un negro deforme, como un toro feroz y como un caballo que arrojaba fuego. En cambio, para los mulatos y negros el diablo tuvo una representación distinta de la de las religiosas y se aproxima a la imagen que ahora conocemos:, con cuernos, cola de serpiente, patas con uñas de gallo, en sí era temible y no se relacionaba con aquél que veían las monjas, cuya representación fue hasta cierto punto más benévola. Pero en general la presencia del demonio se relacionó con animales negros y feroces aunque en algunas ocasiones fue representado con aspecto agradable, y se precavía que también podría presentarse a través de la belleza y fuera no sólo identificable a través de su fealdad.

El diablo acosaba a Isabel de Jesús para que no ingresara en el convento. Sor Isabel, como varias religiosas, relacionó a los hombres con el diablo; todas las maldades, desobediencias, catástrofes, desgracias, fueron atribuidas al demonio, incluso actitudes y acciones propias de las personalidades de las narradoras, o bien cuando en otra ocasión su confesor le dijo que algunas palabras se las ha había dicho el diablo por las malas acciones que había realizado.

Las paredes del convento no fueron protección segura contra el demonio, quien entraba en él y provocaba no sólo desconcierto sino también sucesos físicos tales como vientos fuertes. La creencia del demonio estaba arraigada en las mentes de blancos y negros, como bien dio cuenta la narración de la religiosa Úrsula Suárez, pues cuando dijo que se le había aparecido, siendo ella niña, personas mayores como las criadas negras de inmediato creyeron en esta visión y también su madre, quien pensó en alejarla de ahí; incluso su abuelo creía en el demonio, aunque no estaba seguro de que se le hubiera aparecido a ella, pues dijo que a quien se encontraba, lo mataba. La descripción que hace del diablo es minuciosa, va de lo general a lo particular, de la cabeza a los pies. El color negro del diablo es imputable no por ser maligno, sino porque con él relaciona a los esclavos.

La presencia del Diablo no era sólo en espíritu, también se presentaba materializado, se podía escuchar su voz e incluso podía tocarlas o causarles tormento, asimismo fue un ser con el que se hablaba y al que se dominaba, como lo hizo la madre Marina de la Cruz. La presencia demoníaca fue cotidiana y aparecía en los actos de la vida diaria, como cuando dos casados peleaban y en medio se encontraba el demonio quien los había estado azuzando a reñir, siendo este caso presentado en la narración de la madre Isabel de Jesús: "Vi por estos ojos que se han de comer la tierra, sobre la mesa de dos casados un demonio que les estaba incitando que fuesen mal casados. Estaba a la mesa para comer y con grandisimo enojo se decían el uno al otra malas palabras, y si malas las decía el uno peores las decía el otro, instigados de aquel demonio que estaba sobre su mesa…" (Francisco, 1670, pp. 210) La figura del diablo representó no sólo lo malo, en ocasiones también tuvo una función positiva, si se acepta que con su ayuda las religiosas alcanzaban la santidad, o asimismo cuando las mujeres del pueblo conseguían su ayuda para sus necesidades. Se le dotó de un poder omnímodo, antítesis de Dios hacedor de maravillas, fuerza sobrenatural proveniente de otro tipo de fuerza maligna, pero con poderes ilimitados sobre los hombres.

Todos los místicos han sufrido el acoso del demonio, pues los quiere perder, desea que sufran la misma suerte que él tuvo. El demonio se aparecía a las elegidas en momentos en que su vida llevaba un curso diferente al esperado por Dios, o bien a las que estaban en vías de santidad como la madre María de Jesús, por lo que la aparición del diablo sirvió para encauzarlas. En los conventos tenía fácil entrada y se le podía ver en los coros, en los lugares de las monjas que no habían acudido a rezar. Estos eventos proporcionaban un gran interés no sólo para la comunidad religiosa, sino también para la sociedad, y no era propiamente mal visto, ya que se tenía presente que Dios permitía tales actos o posesiones a sus elegidas para ser reconocidas.

Las religiosas poseídas que lograban dominar al demonio obtenían prestigio y respetabilidad. Las autoridades religiosas decidían si una mujer sufría o no de posesiones, las resoluciones dependían de sus intereses. Viene al caso señalar que la Inquisición difundió la idea de que la mujer era presa fácil de la melancolía y por lo tanto lo era del diablo, esta melancolía estuvo relacionada con las posesiones. Algunas tentaciones del demonio fueron pruebas para que las mujeres dieran testimonio de su fuerza y lograran su ejemplaridad. No cualquiera que sufriera de posesión demoníaca se podía ver como signo de santidad, en realidad había una distinción precisa en cuanto a estos síntomas, para ello en 1631 Gaspar Navarro hizo una distinción (Deleito y Piñuela, 1952, pp. 252) entre las poseídas, las obsesas y las que sufrían influencias demoníacas como angustia, melancolía, ascos, dolores o sugestiones de pecado y vicio. Fray Andrés Olmos en su Tratado de hechice-

rías y sortilegios resume algunas ideas curiosas por las que las mujeres eran presa fácil del demonio, asimismo da cuenta de la idea que se tenía de la mujer en esa época: las calificó de embaucadoras, fáciles de engañar, querían saber los secretos de los demás, hablaban mucho, se dejaban dominar por la ira, el enojo, eran celosas y envidiosas.

Otra manera de lograr la santidad fue a través de las flagelaciones y mortificaciones, que confirmaron el camino de dolor que las religiosas debían llevar como carga por los pecados del mundo. Junto a las posesiones, los autotormentos, los castigos infligidos al cuerpo, como los padecidos por Francisca de los Ángeles, religiosa novohispana, así como por muchas más, un estado físico de dolor, náuseas y vómitos eran acompañados de debilidad mental que las aproximaba peligrosamente hacia la visión demoníaca.

Diego de Lemus representó a los demonios en la biografía de la madre María de Jesús, como animales, ya sea un toro, un caballo, o bien como seres humanos negros. Al toro se le relacionaba con la fuerza y con su carácter salvaje, al caballo también con la fuerza y vitalidad, aún superior a la del toro, y también se le vinculaba con la soberbia y la lujuria; el color negro desde antaño se ha identificado con lo oscuro, con lo maligno, con las tinieblas.

En la biografía de la madre Anna Guerra de Jesús escrita por el padre Antonio de Siria, aparece otro animal representativo del símbolo del mal, la culebra, que también es representación del demonio, al que la religiosa venció siendo niña.

El demonio, como personaje portador del mal y como actante importante de las biografías y autobiografías, tuvo trascendencia en la vida de la sociedad virreinal y en particular en la de las religiosas, pues si bien fue depositario del pecado, también coadyuvó en la obtención de la santidad. La figura del demonio fue fundamental en el imaginario virreinal y en el español. Sin él no es posible explicar las posesiones, los pecados, las maldades, la santidad de las mujeres, pues al vencer al demonio conseguían virtud y, por ende, sus experiencias tenían posibilidad de escribirse. Viéndolo así, este personaje resultó ser vehículo para el reconocimiento femenino y para la ejemplaridad y dominio en los reinos de ultramar.

Referencias

Borja Gómez, Jaime Humberto. (1997) Demonios y nuevas redes simbólicas: blancos y negros en Cartagena, (1550-1560) en García Ayluardo, Clara y Ramos Medina, Manuel (coords.), Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano. D.F. MÉX: INAH/Condumex/ UIA. 360 p.

Cervantes, Fernando (1997). El demonismo en la espiritualidad barroca novohispana, en García Ayluardo, Clara y Ramos Medina, Manuel (coords.), Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano. D.F. MÉX: INAH/Condumex/UIA. 360 p.

Deleito y Piñuela, José (1952). La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe: santos y pecadores, Madrid, ES: Espasa-Calpe. 384 p.

Francisco, I. (1670). Vida de la Ven. Madre Isabel de Jesús recoleta Agustina en el convento de San Ivan Baptista dictada por ella misma y añadido lo que faltó de su dichosa muerte (Vol. I). Madrid: Francisco Sanz en la Imprenta del Reyno.

Maza, Francisco de la, (1971). Catarina de San Juan, princesa de la India y visionaria de Puebla. D.F. MEX: Libreros de México, 119 p.

Muchembled, Robert (2002). Historia del diablo. Siglos XII-XX. D.F. MÉX: F.C.E. 360 p.

Myers, Katleen. (1983) Word from New Spain. The Spiritual Autobiography of Madre María de San José (1656-1719), Liverpool, ING: University Press. 234 p.

Sigüenza y Góngora, Carlos de (1995). Paraíso occidental. D.F. MÉX: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 331 p.

Siria, A. (1716). Vida admirable y prodigiosas virtudes de la venerable Sierva de Dios Doña Anna Guerra de Jesús, sacada de lo que ella misma dejó escrito por orden de sus confesores. s/e